

CARTA DE CELEDÓN FAVALIS DESDE LA CIUDAD DE LOS REYES (20 DE MARZO DE 1587) A SU PADRE SIMÓN FAVALIS, EN MADRID

Señor y padre:

Desde Cartagena escribí a vuestra merced tres cartas, las cuales entiendo que habrán ido a buen recaudo, porque iban con personas muy ciertas, en las cuales avisé a v.m. de mi viaje hasta allí, el cual fue bueno, a Dios gracias, aunque se pasó gran trabajo en él, porque llegamos con cuarenta y ocho días con venir rodeando, y causó pasarse algún trabajo por venir entre soldados con quien teníamos cada credo cien pesadumbres. Entramos en el puerto a los diez y ocho de julio del año de 86. Estuvimos allí hasta el día de San Lorenzo, que embarcamos para Nombre de Dios, donde llegamos día de Nuestra Señora de agosto. Y luego aquel mismo día, a las dos de la tarde, salimos a tierra y estuvimos allí más de un mes, y cierto que, aunque veníamos con gran miedo, por ser allí donde muere infinita gente, que en ninguna parte me hallé mejor que allí, gracias a Dios. Pero yo comí muy poca fruta, que es lo que más daño suele hacer. Desde allí nos aviamos para Panamá, y el capitán García de Paredes me rogó que me fuese con su ropa por el río de Chagre y, aunque se me hizo muy cuesta arriba, lo hube de hacer porque me lo rogó mucho. Pero es con camino de grandísimo trabajo. En fin me embarqué en Nombre de Dios, y fue con camino donde pensé mil veces perecer y acabar la vida, porque una vez, si milagrosamente Dios no me remediara, me ahogara sin remedio. Pero fue Dios servido que estando ya medio ahogado, me sacaron entre más de veinte negros, y salí cual Dios sabe. Aquí en este río se me pudrió todo el vestido de mezcla, sin que me haya podido servir de él, ni aún de hacer una ropilla, y causólo el traerle yo muy guardado, y no paró solo en esto, porque se les pudrieron a otras personas más de 4000 ducados de vestidos.

En fin, también a mí hubo de caer la desgracia, en este mismo camino me mordió no sé qué sabandija en la mano izquierda, de manera que tuve la mano y el brazo para perder, porque se me hinchó todo como una bota, y el brazo no le podía extender, y toda la mano tenía gafa. Y como no tenía debajo de la capa del cielo cosa ninguna que le poner, por ser en un despoblado donde no hay criatura humana, si no son micos y monos y caimanes sin número, fue grandísima ventura no peligrar, pero valime del ensalmo con que me curaron la mordedura del lobo, y con esto fue Dios servido que al cabo de algunos días se me abrió la hinchazón, y salió muchísima materia, con lo cual se aplacó, y poco a poco se fue sanando, pero prometo a v.m. que en mi vida me vi en mayor tribulación; sea Dios loado por todo. También en este camino pensé morir de hambre más de diez días y causólo el decirnos algunos hombres baquianos, y ha de saber v. m. que quiere decir hombre que sabe ya el trato de ella, y a los recién venidos llaman chapetones, que es casi como cuando los estudiantes en Alcalá corren a los novatos; en fin nos dijeron que era camino de doce días, y como tardamos veinte y cinco vímonos en gran trabajo, porque en más de los diez días que digo a v.m. no comimos sino frutas del arcabuco y palmitos, con lo cual lo pasamos todo este tiempo, y no fue poca ventura no enfermar, según las frutas eran malas, que aún los negros no las querían comer con estar enseñados a ello. En fin fue Dios servido que llegué a Panamá, aunque muy flaco, pero lo mejor que pude me rehíce allí, de suerte que, aunque la tierra es en sí mala, estuve allí bueno, a Dios gracias, aunque andaba muy dejativo, por ser la tierra así en todos estos tres puertos.

Hice diligencia por saber de mi tío, y hasta en Panamá no pude saber nada, porque estando allí vino un navío de Lima, y luego me procuré ver con la gente de él, y acerté a hablar a un hombre de Sevilla, grande amigo suyo, el cual me dijo que había ocho meses que mi tío había estado embarcado en El Callao para irse a España con ocho mil pesos en barras, y que queriéndose hacer a la vela las naos para Panamá, vino en aquel tiempo la nueva de que los ingleses habían robado a Cartagena, y por esta causa el virrey y la Audiencia mandaron desembarcar toda la plata, así del rey como de particulares, y díjome este hombre que en aquel mismo tiempo había en El Callao un navío de un grande amigo de mi tío, y que iba a México, en el cual se metió él y toda su plata, y dijo que lo fue a emplear, aunque yo no lo tuve por cosa muy cierta. También me dijo que allí en El Callao había

perdido tres mil pesos ensayados, de a trece reales y medio cada peso, y esto fue verdad según después supe.

Partí del puerto de Panamá para subir a Lima en compañía del capitán García de Paredes, aunque veníamos muy encontrados, jueves del octavario del Corpus Cristi, y fue un viaje de grandísimo trabajo, y donde pensé morir de hambre y sed por muchas veces, porque a tres días que salimos del puerto hubimos de arribar cuatro leguas de él en una isla que se llama Taboga, porque nos íbamos anegando, y el navío no podía andar de muy cargado, y hacía mucha agua, y fue necesario alijalle de más de quinientas arrobas. Estuvimos en esta isla quince días, donde se gastaba lo que Dios sabe, porque no había sino gallinas que comer, y sin pan, y valía cada una a doce reales, y como el capitán no me daba de comer gasté mucho y hube de comprar algunas cosillas para meter.

Así yo como todos partimos de aquí y anduvimos cuarenta leguas, y porque otra vez nos íbamos anegando hubimos otra vez de arribar en un puerto en Tierra Firme que se llama Mariave, donde hallamos muchas terneras muy buenas, a diez y seis reales, y algunas gallinas, pero pan ni por un ojo, sólo hallamos tortillas de maíz, que es el trigo de las Indias que llaman allá, pero es comida muy mala para quien no está enseñado a ella, porque luego se hincha todo el cuerpo de granos y ronchas, y es comida que cría mucha sangre. En este puerto estuvimos diez días, y fue necesario tornar a meter aquí matalotaje, porque íbamos muy faltos de ello. Luego nos engolfamos para tomar la costa del Perú y lo que más sentimos hasta tomarla fue tener desde que salimos de Panamá todos los credos, así del día como de la noche, aguaceros sobre nosotros, que era lástima. Y como no teníamos donde nos meter dábannos encima y matábannos. A mí, sé decir que me causaron seis calenturas muy malas, de las cuales me hube de sangrar dos veces, que me dio la vida después de Dios, porque venía entonces todo el cuerpo lleno de ronchas y granos, y causábalo el maíz y los aguaceros y la mala cama, de lo cual padecía lo que Dios sabe, porque en todas las partes que me caía agua se me hinchían de ronchas y comíame tanto que me desollaba vivo, de manera que todo mi cuerpo era una llaga, y juntábase a esto no haber sino vaca salada que comer, y esto muy poca, y prometo a v.m. que mientras estuve malo, que hubo día que a las seis de la tarde no me había desayunado, y no por falta de tener gana, sino de no tener que comer, y cuando me daban algo era como he dicho un poco de vaca salada, que no había quien lo metiera en la boca, y cierto que no había faisanes entonces que mejor me supiesen, pero era lo malo que había poco. En fin fue Dios servido que con toda esta mala comida estuve bueno, aunque quedé flaquísimo, y convalecí con una gallina que compré en la nao, que me costó cuarenta reales, que los di por muy bien empleados, y lo que a mí más pena me dio fue que ni una sed de agua ni cosa ninguna de regalo no me hizo el capitán con traer tanto, y verme de la manera que estaba.

En fin tuve salud, y no se me dio nada, fue Dios servido que al cabo de pasar grandísimos trabajos descubrimos la costa del Perú, y al cabo de algunos días llegamos a Puerto Viejo, que es el primer puerto de la costa del Perú, un día antes de la víspera de Pascua de Navidad, donde fue necesario, por venir necesitados de comida y agua, arribar, y en sólo aquel día se metió lo que se pudo, y luego aquella noche nos hicimos a la vela, que fue a media noche antes de la víspera de la Pascua, y quiso Dios castigarnos, de manera que nunca pudimos ir adelante, antes en tres horas que tuvimos de calma volvimos diecisiete leguas atrás, porque nos llevaban las aguas y fue, como digo a v.m., castigo de Dios, porque, ya que nos había hecho merced de que en un día tan señalado tomáramos puerto donde pudiéramos celebrar, aunque no fuera sino la víspera de la dicha Pascua, y los dos días primeros no quisieron sino salir aquel día que entramos, en fin el tercer día de Pascua en la noche hubimos de tornar al puerto, donde estuvimos oyendo misa y holgándonos cuatro días, y aquí comimos muchas gallinas, porque no había otra cosa, el pan era de maíz y a mí hacíame gran daño.

Desde que me despedí de v.m. y de mi señora nunca he estado tan triste y melancólico como la víspera de la Pascua de Navidad en la noche, y todo era acordándome cómo me solía yo holgar aquella noche, y cómo me veía tan lejos de ello y en la mar y sin tener con qué la celebrar sino con un poco de queso y pan de maíz, por no haber otra cosa, aunque no lo tuve por poco regalo; Dios sabe lo

que sentí. En fin, hicimos allí matalotaje de nuevo y partimos de este puerto para el de Paita, que está ciento cuarenta leguas de allí, donde llegamos en ocho días, y nunca navegamos tan bien como entonces; tardamos desde Panamá a este puerto sesenta y seis días, y es viaje que ordinariamente se suele andar en veinte o veinticuatro, y cierto que nos tuvieron en muchas partes por anegados, porque salieron dos navíos quince días después que nosotros y llegaron otros tantos y más antes, y lo que sentí en este camino hasta aquí fue que, como venía tanta gente en el navío, veníamos tan estrechos, que así me deje Dios oír buenas nuevas de v.m. y mi señora y toda su casa, que las más noches dormí sentado, por no haber donde me echar, que era una cosa que me llegara al alma.

En fin salté en Paita y sin el capitán, porque se venía desde Puerto Viejo por tierra, y con el primer hombre que hablé fue con un deudo de Alonso García, el platero, que se llama Quirós, que es aquel confitero que entraba en casa del alguacil Salazar, el cual me contó muchísimos trabajos que había pasado, pero como son tan ordinarios a los que pasan a estas partes, no me espanté mucho, con el cual sabe Dios lo que me holgué. Estuvimos comiendo y durmiendo juntos seis días, y estaba allí esperando al capitán García de Paredes, para ver si le traía cartas, porque él fue el que le hizo venir a estas partes, y cierto que le echaba maldiciones, que era cosa de espanto. En fin vino el capitán, y no se las dio, aunque él supo por cosa cierta que las traía, y había bajado seiscientas leguas por tierra sólo por aquellas cartas, y también había más de un mes que le estaba allí esperando y haciendo costa. En fin se despidió de mí allí en Paita, y se fue a Riobamba, porque supo que tenía allí cartas, y también porque tenía hasta seiscientos pesos de algunas cosas que vender. Él tiene grande deseo de volverse a España. Hágame v.m. merced de decírselo a Diego García, para que se lo diga a su mujer, porque yo sé que se holgará.

Desde Paita a Lima hay doscientas leguas, pero son peores de andar que todo lo demás, y cáusalo ser siempre los vientos contrarios. En fin, toda la gente, en llegando a Paita se va por tierra. Allí me prestó el capitán dineros con que yo también fui, y allí me junté con un sobrino del presidente Hernando de Vega, grandísimo amigo mío, y con un fraile gran predicador, y con otros hombres muy honrados, que seríamos por todos ocho personas, todos los cuales nos veníamos holgando por el camino, comiendo muchas gallinas, porque no hay otra cosa, las cuales valen a real, y cada cuatro pollos un real, pero, aunque son muy gordas, no tienen aquel sabor y sustancia que las de España, porque vale más una de las de allá que cuarenta de las de acá. En este camino hay seis ríos muy peligrosos, en los cuales se suele ahogar muchísima gente. Pero fue Dios servido que los pasé muy bien gracias a Dios, todo lo cual entiendo mediante las oraciones de v.m. y de mi señora, (a la cual ruego yo muy encarecidamente tenga ésta y las demás por tan suya como de v.m., aunque por otra vía la escribo dos), porque de otra manera en peligros me he visto que imaginarlos confunde todo, lo cual, como digo, ha sido mediante las oraciones de vuestras mercedes, las cuales suplico no falten por amor de Dios, porque será faltar mi remedio.

Yo llegué a Lima el viernes antes de carnestolendas, donde la hallé toda casi asolada y por el suelo, aunque ya estaba mucho hecho, y causólo un grandísimo temblor que hubo casi por toda esta tierra, que asoló muchísimo, y en cerca de un mes que ha que estoy aquí haya temblado dos veces, pero como es tan ordinario, así no se escandaliza la gente, y si, como el temblor grande que hubo duró un cuarto de hora, durara más, se asolara todo, y también, si, como fue a las Avemarías, fuera más tarde, muriera mucha gente, aunque dicen que murieron siete personas, las cuales eran indios. El Callao está dos leguas de aquí, donde, como es el puerto, es el trato de la ciudad, y hay allí muchas casas de las cuales no quedaron, según dicen, sino dos o tres, porque salió la mar de madre, y las derribó, y dicen que hizo de daño más de quinientos mil ducados, en mercaderías de la China que estaban en el dicho Callao. En Lima ha sido sin numero lo que se ha gastado en hacer las casas, porque no quedó casa ni monasterio en pie, sino la casa de los Teatinos, y gran parte de San Francisco, donde se metió el virrey, e hizo hacer unos aposentos de tabla, y allí se está todavía sin querer salir de allí.

Luego aquella noche que llegué hice diligencia por saber de mi tío, y díjome un grande amigo suyo que había nueve meses que se había ido a México con ocho mil pesos, y que fue para irse desde allí a Castilla, lo cual no tuve por cosa cierta, por ser un rodeo del diablo. En fin, yo he hablado a muchos hombres, sus amigos, y me dicen que fue a emplearlos en cosas de la China, y que ha de volver aquí, y que, si Dios le trae con bien, que ganará muy largo. Yo no he parado hasta que he sabido su casa, donde he estado, y me enseñaron un billete que él escribió un día antes que él se hiciese a la vela, donde dice que volverá a esta ciudad dentro de ocho meses. Ya son pasados nueve, y no se ha sabido de él, y cáusalo el no haber venido navío ninguno de allá, pero de aquí a dos o tres meses es cuando empiezan a venir navíos, de donde se sabrá si ha de venir, o qué ha hecho Dios de él. Todos me dicen que, si él vuelve, que no habrá para él cosa de mayor contento que verme, y que hará mucho por mí. Plega a Dios lo encamine como más se sirva.

Luego otro día que llegué, que fue sábado, salí a dar las cartas que traía, y el primero con quien hablé fue con Pedro de Reinaltes, hijo de Alonso Sánchez, pintor de su majestad, con el cual me holgué mucho, y me dijo que habría quince días que le había dado el virrey una lanza, que le valía mil pesos. Desde allí fui a buscar la posada del señor Juan Giménez del Río, al cual no hallé en casa, y estúvele esperando hasta que vino, y allí en su casa hablé a Simón de Roa, que solía ser criado de Blas de Robles, el librero, y así como vino le dijo el dicho Simón quién yo era, y cierto que se holgó mucho, y lo primero que dijo fue decir a Simón de Roa que hiciese que me aderezasen en casa un aposento, y luego me fui con él a su casa, donde hallé a su mujer, que es una dama muy hermosa, de hasta veinte años, y muy bien nacida. Yo prometo a v.m. que tiene dos hijas, la una de año y medio, y la otra de seis meses, las más lindas, Dios se las guarde, que hay en toda Lima, y quiérelas que no se puede creer por cierto que no podré encarecer a v.m. la merced que me hace, que prometo a v.m. que me (¿) muchas veces, y siempre me está diciendo la amistad de v.m. y suya, plega a Dios me dé lugar en que se lo pueda servir. Su mujer no sabe que tiene hija en España, y él me avisó que no lo dijese. Escríbale v.m. siempre que a mí me escribiera, pero sea con gran tiento acerca de esto. El está enojado con su hija, pero mucho más con Bernardo, según lo escribiré a v.m. el señor Juan Giménez muy largo. Habrá quince días que el capitán me dio la caja, la cual viene buena, aunque hay tan mala salida de ella que es lástima, y es porque no hay tienda donde no haya muchísimas, cierto yo lo echo a ser yo desgraciado, porque en tiempo pudiera venir que valiera la caja más de seiscientos pesos, y ahora no se hallarán trescientos por ella. Sea Dios bendito con todo.

La tierra está muy rica, y nunca tanto como ahora, pero como hay tanta gente, anda el dinero muy repartido, y así no se echa tanto de ver hemos venido en tiempo que se han descubierto ahora la mayor braveza de minas que los nacidos han visto, y son las unas junto al Cuzco y las otras junto a Potosí. Yo fui desgraciado en no acertar a traer, aunque no fuera sino seiscientos ducados empleados en algunas cosas de las cuales sin duda ninguna hubiera hecho más de tres mil pesos, que era quedar rico para siempre, porque con enviarlo yo a v.m. o ir yo con ello y tornarlo a emplear fuera un principio para que v.m. y yo tuviéramos muy largo de comer. Pero en fin, no son los hombres adivinos ni saben lo que ha de suceder.

Las mercaderías que son buenas para esta tierra son mercaderías de Milán, que es todo cosa que en España vale a huevo y acá se hace un poco de oro de ellas. En lo que se gana muchísimo es en los mazos de cristalinas, los cuales tienen cada mazo diez millares, y valen en España cada diez millares cuatro reales, y comprados por junto valen muy baratos, y no hay mazo ninguno que acá en el Perú se no venda por tres o cuatro pesos ensayados. Son también buenas mercaderías para acá medias de seda y sedas de colores, como no sean negras ni pardas ni blancas. Véndese también acá muy bien los penachos negros, y no han de tener ninguna cosa de color, porque no los quieren, y yo prometo a v.m. que, si las plumas de peso que yo dejé en casa estuvieran aderezadas y yo las tuviera acá, que yo enviara a v.m. muy buen dinero de ellos, porque vale cada penacho por junto a doce reales y a peso ensayado, que es muy buen precio, y plugiera a Dios que todo lo que yo traje fuera de esto, que a fe que hubiera mejor salida de ella que no habrá. Véndese también por muy buen precio de

sombreros de Segovia, los cuales han de venir sin aforrar, y si, cuando yo vine, trajera no más de ciento, los vendiera a seis pesos cada uno. En fin, cualquier cosa que viene de Castilla se vende por buen precio, como no sean cosas de broma ni abalorio, lo cual solía valer aquí muchísimo. Hame dicho el señor Juan Giménez del Río que él enviará a v.m. una memoria de las cosas que son vendibles y de mucha ganancia, para que la tenga v.m. para lo que se le ofreciera.

Aquí me hace mucha merced Vicente Rodríguez, marido de Felipa Enciso, hermana de Mariana Forcela, y he comido dos veces con ellos, y se me ofrecen mucho. Están ricos, aunque lo estuvieran mucho más si no les hubieran sucedido algunas desgracias, porque se les han muerto diez negros, que valía cada uno a mil pesos, y de ellos a más de mil quinientos. El y yo andamos procurando de vender esta caja, porque el señor Juan Giménez a cuatro días que yo entré en Lima cayó malo, y lo está también ahora, que si él pudiera salir de casa ya estuvieran despachados. A mucha gente he hablado aquí de Madrid, que es consuelo grandísimo en unas partes tan remotas topar con quien conversar, y más siendo de la tierra. También he hablado aquí a un hombre de Roa, que es aquel que ahora ocho años fue a Madrid por su mujer, que es padre de Ochoa, aquel que murió en Monzón, que era ayuda de guardajoyas de la reina, y dice que están pobres, y tienen siete u ocho mil pesos. Avíseme v.m. si fue verdad la muerte del hijo, porque ellos no lo acaban de creer.

En esto de decir que venga acá gente no digo nada, y digo esto porque suelen enviar a decir a España los que están acá, y tienen allá hermanos o deudos, que vengan. Yo prometo a v.m. que acá que se pasa mucha necesidad, y hay mucha gente perdida, más que en España, y es por no se querer aplicar, que el que quiere ser hombre de bien, aunque es poco el salario que dan, puede pasar con ello honradamente, aunque también digo que el que viniere como traiga mercaderías, por pocas que sean, lo pasará bien, pero el que no, ha de sudar más de seis años hasta alcanzar con qué poder tratar, porque en esta tierra sólo está la ventura de un hombre en tener seiscientos pesos por lo menos, con que poderío hacer, que el que con esto no supiere granjear no lo sabrá con seis mil. Yo prometo a v.m. que, si yo los tuviera, que yo espero en Dios que tuviera de comer, aunque había de ser a costa de mucho sudor y trabajo, y pasando malas noches y peores días, y sabe Dios el deseo que yo tengo de verme en ello y de tener algo con que volverme, porque en el mundo no hay tal día como el de España, y sé decir a v.m. que, si allá los hombres se pusiesen a lo que acá, que no habían menester más Indias que estarse en España, porque cierto que se ponen a cosas que en España no lo harían los pícaros, y acá lo tienen por muy gran honra, y porque nunca preguntan a qué lo ha ganado fulano, sino qué tiene, y en diciendo que tiene algo tapan todos la boca y callan. Con lo que hiciere de las plumas, si Dios quisiere, pagaré cerca de cien pesos que debo, y con lo demás iré hacia Potosí a buscar mi vida, y por esta causa no enviaré a v.m. por ahora nada, pero a su tiempo lo haré, como v.m. lo verá.

Suplico a v.m. por amor de Dios me haga merced, porque es cosa que conviene mucho para cosas que se ofrecen de procurar cartas de favor para algunos oidores de esta ciudad, porque, como digo, importa mucho, y si algunos vinieren de nuevo a esta tierra, ni más ni menos procurar que les hablen, para que en lo que a mí se me ofreciera me favorezcan, porque como en esta tierra nunca está un hombre en un cabo, sino siempre andando de aquí para allí, es cosa muy necesaria, y por amor de Dios no haya descuido de esto. A la señora Juana Rodríguez y al señor Francisco de Paredes dará v.m. mis besamanos, a los cuales suplico me hagan merced de en lo que pudieren favorecerme como siempre, y decirles que el capitán me ha hecho mucha merced, pero que bastara estar sus mercedes de por medio, para que en todo se me hiciese; plega a Dios de darles la salud que puede y yo les deseo.

Ahí en esa calle, en la misma acera de v.m., frontero del pastelero, vivía un hombre flaquito, mozo, que estaba casado con una mujer alta, que llevaba siempre una niña consigo a la iglesia de Santiago, y un niño también. Vendía cosas de aceite y vinagre y otras cosas de naipes y bujerías, llamábase él Juan Pérez, y de ella no sé el nombre, más de que era hermana de un pelotero, que se llamaba Carrión. Está por acá el marido, suplico a v.m. sepa si es muerta la mujer, y si tiene hijos o algo para que le demos ánimo que les favorezca, que él entiende que no le conocemos este mozo

Juan Pérez, fue con la de Aparicio, que curaba con los aceites a Sevilla de ahí. Entiendo que se vino a esas partes. El es natural de un lugar del Alcarria, junto a Guadalajara. El señor Juan Giménez ruega a v.m. haga diligencia por saber qué se ha hecho de ellos, y yo ni más ni menos.

Hágame v.m. merced de en las primeras cartas que v.m. me hiciere merced de escribirme de enviarme en ellas muy bien pintadas sus armas de v.m., porque acá haga hacer un sello, porque las cartas que escribiera a v.m. vayan selladas para que más fácilmente conozca v.m. mis cartas, y en esto recibiré mucha merced. De un hombre que vino en la flota que partió después de los galeones supe cómo v.m. y mi señora y todos mis hermanos quedaban buenos, a Dios gracias. Y díjome que cuatro días antes que saliera de Madrid estuvo allá en casa, pero que no dijo nada a v.m., porque no sabía que había de venir a estas partes. Llámase Hernán García, y es un hombre que siempre estaba en casa de Robles, el librero. Llegó a esta ciudad de Lima en menos de cinco meses, y Dios sabe lo que me holgué de las buenas nuevas que me dijo. Vino a un negocio de importancia.

Hárame v.m. merced de decir a Luis Navarro, el pellejero, que aquí he visto a su hermana y su sobrina, aunque han pasado muchos trabajos, como más largo lo sabrá por sus cartas, y que quedan buenas, y que le besan las manos. A la señora Juana Rodríguez mandará v.m. decir que Mateo Moreno queda bueno en esta ciudad, y de partida para Potosí, y decirla asimismo que el capitán me ha hecho mucha merced, porque en algunas me le ha hecho y en otras se ha mostrado muy escaso.

Gran deseo tengo de saber qué se ha hecho de todos mis hermanos, y si tienen salud, y cómo está la señora Claudia y Gasparito, y ni más ni menos todos mis tíos y tías y primos y primas, a los cuales mandará v.m. dar mis besamanos, y que tengan ésta por suya. Plega a Dios de guardar a v.m. y a mi señora y hermanos tan largos años como yo deseo, y perdone v.m. el ser tan breve. Suplico a v.m. por amor de Dios me avise de todo lo que por allá hubiere de nuevo, así en casa como en casa de mis tíos, y vengán las cartas encaminadas en casa de Juan Giménez del Río, y en su ausencia vengán en casa de Vicente Rodríguez, sedero, en la calle de los mercaderes. En fin, en ausencia del uno vengán en casa del otro, porque aquí serán ciertas, y vengán encaminar las cartas por muchas vías, porque si unas se perdieren vengán otras. Y porque no es para más, Nuestro Señor guarde a v.m. y a mi señora y a mis hermanos y a toda la casa con tanta salud como yo deseo. En habiendo ocasión yo tendré cuidado en acudir a v.m. como tengo obligación. Fecha de Los Reyes, a 20 de marzo de 87.

A Francisquita mandará v.m. darla un abrazo, y que en teniendo alguna cosa yo tendré muy gran cuidado con ella. A todos mis tíos y tías me haga v.m. merced de dar mis besamanos, y que les ruego me encomienden a Dios, y a vuestras mercedes suplico lo mismo, porque cierto que estamos en una tierra muy trabajosa. Señor y padre, el más humilde hijo de v.m., que la salud de v.m. y de mi señora desea más que la suya propia. Celedón Favalis

Yo llegué a esta ciudad empeñado en más de cien pesos, los cuales hoy día debo, y no lo tengo por mucho, según los gastos tuvimos en las arribadas.

(Sobrescrito) Al ilustrísimo señor Simón Favalis, en la calle de Santiago, Madrid.

Archivo General de Indias, Sevilla. Indiferente General, 1404. Publicada por Enrique OTTE, *Cartas privadas de emigrantes a Indias*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1988, pp. 431-436.